

Palabras para un «Vocabulario del Bierzo»

Desde hace tiempo, tanto tiempo que no sabría precisarlo, guardo entre mis libros un volumen de centenar y medio de páginas que empiezan a amarillear. Recuerdo que al tenerlo por primera vez en mis manos sospeché que era un libro serio. Quizá porque el venir escrito por un comandante de Infantería., había que suponer ese tono del militar que se acerca a la ciencia con el profundo sentido del deber y del respeto. Acaso porque el aspecto del libro es sobrio con una tipografía sin halagos que ya en la portada parece declarar su voluntad puntillosa. «Vocabulario del Bierzo» -reza su título- por Verardo García Rey.

Era hasta el presente la única y no muy divulgada edición. Ahora que va a dejar de serlo yo seguiré guardando mi ejemplar como oro en paño, pero ya sin la aprensión de quien se siente responsable de un depósito. (También sin la perdonable vanidad de quien posee algo que pocos poseen...).

Lo que salta a la vista, desde luego, es que se trata de una circunstancia doméstica, incapaz de justificar mi presencia en el pórtico de esta oportuna reanimación. Un filólogo lo haría mucho mejor. Yo no soy sino un terco ejercitante de escritor, más inclinado a la utilización inmediata y codiciosa del lenguaje que a su vivisección implacable.

Yo no creo que un prologuista deba operar a modo de crítico anticipado, y mucho menos entregarse él mismo como fiador. Pero puedo decir que «Vocabulario del Bierzo» es algo más que un vocabulario. En su apretada primera parte se contiene una visión geográfica e histórica de la región; y aún hay una gramática, atendida a la división en fonética, morfología y sintaxis, antes de alcanzar la parte última y fundamental de la obra: el catálogo de voces enumeración alfabética que frecuentemente se explaya en ilustraciones propias de los diccionarios enciclopédicos. Así nos es posible compartir con el pueblo berciano la abundancia de sus saberes.

Hay citas de documentos históricos, pleitos, ordenanzas, sentencias reales que interesarán al curioso lector de estas precisiones; pero no menos encontraremos datos sobre los vientos y lluvias que nos visitan. Junto a refranes de traza filosófica, la utilidad de dichos y sentencias didácticos. Hay canciones populares y referencias folklóricas. Y una nutrida presencia en relación con las artes prácticas: la agricultura y agrimensura de la región, la pesca, la vinicultura y la viticultura -esa letanía de las variedades de la uva-, y aún habría que aludir a términos forestales y mineros, de la medicina y la veterinaria como del foro, de la zapatería remendona o de la arriería. Y palabras de la

convivencia Y el comportamiento social. Incluso con alguna anticipación inspirada: gamberro, que aun figurando en el acervo general del español (esto ocurre con otros vocablos del «Vocabulario»), debía de prodigarse en el Bierzo cincuenta años antes de que conociera su actual fortuna...

Y sobre todo, halago del oído -y casi diríamos de la vista-, la fiesta estética de palabras y expresiones como para encandilar al escribiente o hablante menos sensible. Zarabeto es una preciosa onomatopeya que también se usa fuera del Bierzo, pero que yo no veo censada en el Diccionario de la Real Academia, ni en el ya indispensable de María Moliner, ni en el Galego-castelán de Franco Grande, de manera que uno se siente orgulloso de esta especie de exclusiva en cuanto a reconocimiento impreso. Decirle alfaraute al individuo que tiene mucha fuerza pero que la emplea mal es alzar y realzar el término faraute además de concederle un nuevo fleco a su ya polisémica condición. Al gallarizo, referido a la inclinación carnal en las personas y animales, yo no le encuentro similar ni competidor que valga la pena. Y qué decir de cautivar. De ese hallazgo para expresar la propensión de alguien a padecer una enfermedad: «A Fulano le cautiva mucho el reúma». Porque ciertamente, ¿qué es la enfermedad sino prisión y encadenamiento?...



Es natural que el escritor se apropie «pro domo sua» - para su arte- de un material tan legítimo y consistente. Una mínima curiosidad sobre los textos de autores bercianos lo confirmarla. De mí puedo decir que con omisión de cualquier nota aclaratoria y de comillas exculpatorias -también sin el empecinamiento de hacer bercianismo adrede-, inscribo, en el papel las palabras y locuciones que me dicta mi origen:

«Círculos de sombra avanzan

de los sitios abisedos.

Por el caborco la niña

escucha un hombre sin verlo».

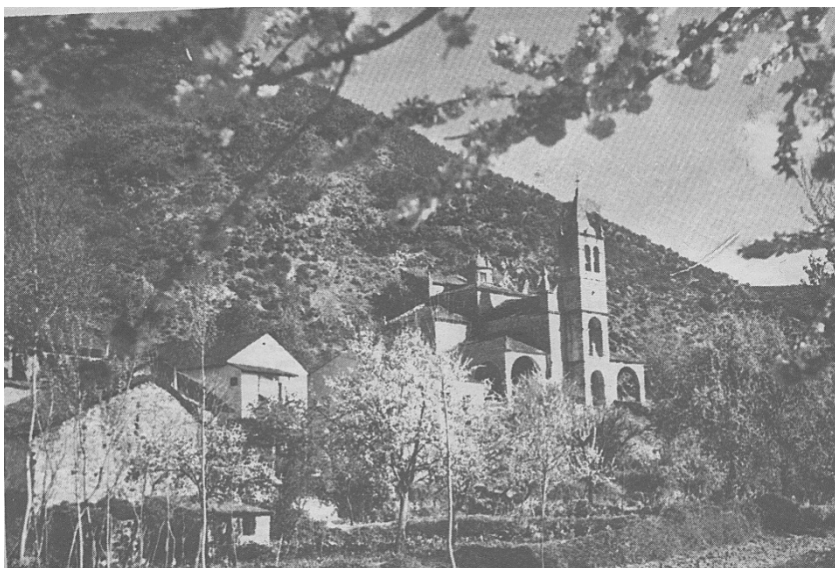
Porque, qué palabra podría servirme como abisedo para el recodo montaraz donde no entra jamás el sol del invierno. Y qué barranco -pues no hay sinónimos verdaderos, ya se sebe- reemplazarla a ese caborco que suena Y huele a profundidad...

Y en el lenguaje menos acendrado de la prosa, están las burras vencidas por la fragorosa crecida del río; revive el aroma patriarcal del hurmiento; el acto mimador y

cálido de acurrucharse; el erotismo primitivo de alguna recachada redondez femenina y el infantil espionaje hacia los perros cuando se apelian; la designación entrañable de quien asierra la madera, el serrantín, y de su mujer que es la serrantina...

Es verdad que muchas de las palabras y expresiones del «Vocabulario del Bierzo» son meras incorrecciones del hablar general de España, pero admitido está al no tratar estos fenómenos en condición de vicios que hay que corregir, sino más bien, y aquí citaré al profesor Rabanal que tanto sabe de nuestras hablas, «a estudiarlos en sí y por sí, como hechos con interés peculiar y con personalidad lingüística propia y respetable». También ocurre que el «García Rey» padece confesadas limitaciones en cuanto a terreno explorado. Y, en fin, gravita la certeza de que un empeño así no puede coronarlo un hombre solo, empeño que además no se termina nunca. El ordenador de un vocabulario de su propia tierra es un héroe al que la gente para en la calle para decirle: te has olvidado de

esto, mi abuelo me ha apuntado eso otro, y yo sé que cada berciano lector de esta reedición pensará en algo que le falta -quizá mientras le da una pifada al cigarro-, pifada, banzado, cacharopo, pailebó, entregarse (entregarse en Astorga el recluta), manguelo, revilvar (en la bonita acepción de lanzar piedras planas al agua y que vayan rebotando en ella), forcillere, ganchete (ir los novios del ganchete)...



Todo esto, sin duda, lo sabía Verardo García Rey. Su obra queda aquí como piedra inamovible del monumento de nuestra cultura, que a lo largo de las generaciones estamos obligados a levantar. Y queda, sobre todo, el bercianismo reflexivo del «Vocabulario del Bierzo», que no es redundancia sino homenaje a su clara intención definidora de la región. Con firmeza se manifiesta cuando establece nuestras características típicas, la realidad de nuestra «vida autónoma». Pero también sin arrogancias, cuando al concepto de región natural le atribuye una unidad «indecisa y difícil a veces», imposible de reafirmar léase como llamada a los estudiosos de ahora mismo- si no es con la puesta en claro de sus originalidades.

De todas sus originalidades, por supuesto. Pero ninguna tan radical como la del

habla. Crear es nombrar, como cuentan y cantan los primeros versículos del Génesis. Y poner nombre a una cosa -ahora con Unamuno- es adueñarse de ella. Está bien que nombremos las cosas en berciano para que sean más bercianas, o sea más nuestras.

Villafranca, verano de 1979

Antonio PEREIRA